

# Segar los Cielos



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2024

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodocordelia.es](http://www.reinodocordelia.es)



@reinodocordelia.es



facebook.com/reinodocordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Abraham García, 2024

Ilustración de sobrecubierta: © Otto, 2024

IBIC: FA | Thema: FMW

ISBN: 978-84-19124-64-7

Depósito legal: M-3321-2024

*Diseño y maquetación:* Jesús Egidio

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Impresión y encuadernación: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Segar los Cielos

Abraham García



# Índice

Noche de Reyes	13
Diez de monte	17
Si volvemos a vernos	27
El tabaco mata	39
Una vela por mayo	45
La mano de bronce	57
Las dos	87
Dios reconocerá a los suyos	91
¡Música, maestro!	99
El prado	109
<i>Remendao</i>	115
El grito en el cielo	127
Lo que yo más quería	133
Marín	137

Perra	153
Balas perdidas	165
Segar los cielos	169
Nadie y Nadie	175
Domingo de tormenta	191
Pola	193
<i>Dando la nota</i>	205



A la memoria de Dionisia, mi madre, que,  
en las noches sin sueño, zurcía la desdicha.



¡Lástima grande que haya sido verdad tanta tristeza!

JOSÉ HIERRO

# Noche de Reyes

Nunca tuve zapatos,  
ni trajes, ni palabras:  
siempre tuve regatos,  
siempre penas y cabras.

MIGUEL HERNÁNDEZ

AJENAS AL CIERZO DE ENERO ramoneaban las cabras y el perro, incorporándose, agitó el metal de sus carlancas.

—¡Baja, baja, chaval! —tronó desde el caballo uno de los guardias por encima de los ladridos, mientras abanicaba el aire con su brazo verde oliva.

Incluso sabiendo que solo era para firmar, el niño sintió un retortijón en las tripas, como si de pronto se le hubieran indigestado las bellotas. Se atusó el pelo y, boina en mano, llegó junto a la pareja a la vez que los cantos rodados.

—Buenas tard...

—Hoy tampoco has visto nada por ahí arriba, ¿verdad? ¿Ni musarañas? —inquirió interrumpiéndole el saludo y escrutando, por encima de las gafas, la loma encanecida por la niebla.



Con parsimonia, el guardia retiró la liga que aprisionaba un lapicero dentro del plano con el control de ruta e, inclinándose, masculló:

—Anda, firma aquí, zalagardero. Solo el primer apellido, cojones, que es para hoy —apremió el número, mirándose el reloj ante la trabajosa letra del niño—. Bueno, ¿y qué, chaval? ¿A ti qué te van a echar los Reyes? Aunque tu padre... no es muy de Reyes —ironizó mirando al compañero que fumaba alto en la grupa.

—No sé... nada —dijo dubitativo el niño con un vellón de voz que parecía salir de sus albarcas.

—¿Nada, coño? ¿Qué pasa? ¿Que no les ponéis comida a los camellos?

—No, a los camellos no. Solo al cáрабо —balbuceó el cabrero, a quien súbitamente le habían brotado en las mejillas los madroños del postre.

—¿Al cáрабо, dices? Venga ya. ¿Y qué come el puto pájaro? —preguntó sin mirarle, absorto en encender un pitillo.

—Anoche... tocino, tabaco, pan... —soltó de carrerilla el niño, deseoso de acabar el encuentro—. Se lo pone mi padre en el huerto, junto a la alberca.

—El cáрабо siempre fue un comilón —ironizó el número entre una risa de conejo que acabó en toses.

De repente, se le iluminó la mirada como si fumara por los ojos.

—¡Con Dios, chaval! —zanjó la despedida.

Palmeándose el mosquetón, se giró hacia el cabo, que no había desmontado, para sentenciar eufórico:

—Reyes y luna llena. ¡Qué gran noche para cazar pájaros!

# Diez de monte

De vez en cuando  
camino al revés,  
es mi modo de recordar.

Si caminara solo hacia adelante  
te podría contar  
cómo es el olvido.

HUMBERTO AK'ABAL

EL GOLPE DE LA MANO contra el hule hace temblar el vino en los vasos y el agua sucia en el platillo de las aceitunas. Sobre la mesa queda el siete de copas.

—¡Y diez de monte!

—Si es que se te pegan las cartas a la mano, cabrón  
—responde Marcial, tamborileando con los dedos sobre sus pocas bazas.

—Un día de estos te voy a enseñar a jugar, que ya aburres. Dos veces has podido arrastrar y te has arrugado.

Marcial coge el paquete de Ducados que tiene a su izquierda y se pone un cigarrillo en la boca, pero no ofrece. Total, Raimundo mantiene en la boca la colilla del puro desde que se han sentado a jugar.

—Para el arrastre ha quedado la Aurelia.

—¿Aurelia? ¿Qué Aurelia?

—La mujer del forestal, coño. En la cama de la residencia la encontraron ayer. Se fue a dormir y ya.

Raimundo bebe un sorbo de tinto. A la boca le sube un sabor acre y lleno de agujas; no sabe si es acidez o memoria.

—Así descansa, que bastante canutas las pasó la pobre. Nunca aceptó que el marido hubiera muerto. Ya me dijo Herminia, la secretaria del Ayuntamiento, que casi rechaza la pensión de viudedad diciendo que su marido estaba vivo; con tres hijos y tanto remilgo...

Raimundo acerca una cerilla encendida al cabo del cigarro y sopla a su través para asegurar la combustión. Tras una breve calada, se lo saca de la boca y mira a su alrededor. Están solos en la acera, en la mesa que les han instalado bajo el parral para que puedan fumar sin problemas.

—No tan putas, no exageres, que bien pronto le dieron la concesión de un estanco en Talavera. Le arregló los papeles Atanasio y la hizo viuda de la Cruzada antes de que fuera viuda.

Raimundo escupe una esquirra de Farias y quizás algo más.

—El Atanasio —musita Marcial—, menuda rata. Un vivalavirgen que compró el carnet de camisa vieja a un muerto de hambre para poder colocarse... Al

cabrón le teníamos echado el ojo, pero el *jodío* se lo había olido y sabía guarecerse como una comadreja.

—Mejor para vosotros. Ese le hizo más daño al Régimen estando vivo que todas las partidas de la sierra. Cada vez que un maquis robaba una miaja de trigo, el cabrón apuntaba seis costales en el parte. Anda, baraja, que corto.

Mientras Marcial retuerce el mazo, Raimundo da una voz hacia el interior del bar reclamando dos vinos más.

—Y trae unas aceitunas, Paco, cojones, que cuesta pasar este tintorro a palo seco.

Marcial contempla su mano. Lo más alto es un rey de espadas. Su bufido despierta la risa de Raimundo.

—¿Qué, te rindes?

—Los cojones me voy a rendir. Con estos bueyes voy a arar.

La primera baza es de Raimundo.

—¡Las cuarenta!

—¡Me cago en tus muertos! ¡No se te acaba la suerte ni a hostias!

—Tú la tuviste cuando te hizo falta, así que roba y calla, cacho bolo.

Caen las cartas y las manos las retiran sin prisa, sin sorpresa.

—Arrastrando, que es gerundio —se entusiasma Marcial.

—Gerundio, mis cojones —responde con sorna Raimundo mientras tira el as de la pinta—. Tute de caballos.

E imita un relincho. Marcial tira sus cartas y coge un cigarrillo entre la risa y la mala leche.

—Te lo tengo que preguntar, Marcial, porque me lo he preguntado cada día desde que te conozco. ¿Cómo cojones pudiste escapar?

—Habíamos convenido en echar tierra hasta que nos la echen.

—Muerta Aurelia —y mira las nubes— hoy me peta, ya ves.

Y en su mirada acuosa asoma el brillo del desafío.

Marcial bebe un sorbo de vino, come una aceituna y enciende un Ducados más mientras se ríe para sus adentros del médico que le quiere quitar del tabaco, a su edad y con lo que ha pasado. No le cuesta revivir la angustia de aquella noche, el temblor de la muerte que lo acechaba, los gritos de los que cayeron y la ansiedad por no poder encender el pitillo que deseaba más que vivir.

—No me escapé. Fue Mauricio el que me libró, un corchero de Navahermosa *echaop'alante* que nos amargaba la vida hablando todo el rato de los gazpachos que hacía, mientras nos moríamos de frío y comíamos Algarrobas. Pero aquella noche algo sintió. Iba en cabe-

za de la partida cuando nos hizo parar. Se quitó las botas para no hacer ruido. Con la helada, el suelo era harina escarchada. Se adelantó unos cincuenta metros, hasta que se perdió entre los alcornos que había desnudado tantas veces. No sé cuánto rato estuvo al acecho. Lo mismo pudieron ser diez minutos que dos horas. De pronto dio un grito, fue el último, y comenzó a disparar el naranjero como un poseso.

—Joder, ¿la noche del Molino me dices?

—Lo dura que fue. Allí también quedaron Rehilete y Cabañuelas.

—¿Rehilete?

—Sí, hombre, el que había sido banderillero con Domingo.

—¿Qué Domingo?

—¡Ortega, coño, que tuvo tronío! ¡Y pasodoble!

Y, elevando el abanico de naipes y sonando pitos con la diestra, cimbreado aquello que antaño fue cintura.

—A Cabañuelas le tenía yo ley. Mala suerte tuvo el pobre. Se pasaba la puta noche mirando las estrellas. «¡Qué, Morató ya no vuela —le decíamos— ni Haya, hostias!». «La próxima semana, perfecta para sembrar los ajos», nos respondía. «Deja ya de deslumbrarte, tocachuevos y vigila, que cualquier noche nos van a sembrar a todos». —Y, con resignación, añade—: A todos... y de los once quedábamos cinco.

Y por el gañote le trepa una vaharada de tristeza.

—¡Qué noche aquella, entre la humedad y la pelona que estaba cayendo!

—No me hables del frío, joder. Fue el bendito Gévalo el que me salvó. Me metí en la fosa del Molino con el agua hasta el cuello. No era la primera vez. Más de cuatro horas estuve allí, con los huevos en remojo en el agua helada. Cuando los del somatén se largaron, el molinero y su hijo me sacaron medio muerto del agujero. Con friegas de aguardiente y leche de cabra me devolvieron el calor, que no se atrevieron a hacer lumbre, no fueran a volver. Desde ya te digo que el infierno, que no existe, está hecho de agua helada. Lo que son las cosas, el río ahora lleva tan poca que se agosta en julio.

—Como nosotros.

—Ya. Y del Alberche ni te cuento. Al día siguiente me echaron sobre un burro y me taparon con sacos de salvado. Era una buena manera de escabullirse entre las gentes de la comarca. Cuando llegamos a La Fresneda, me quitaron la carga de encima y me dejaron allí. Eché a andar con la minga todavía congelada.

—¡Bah!, eso se arregla metiéndola.

—En un avispero, ¿no te jode? Un par de veces tuve que enseñar la fusca, pero saqué dinero para llegar hasta Barcelona y contactar con los camaradas. Allí me cogieron, pero no pudieron relacionarme con la Partida. Cuan-



do salí, nueve años después, quise darle las gracias a los del Molino, pero llegué tarde; el padre había muerto y el hijo se había marchado a Alemania. Das tú.

—Siempre llegamos tarde, me cago en mi vida. Pinta en oros.

Marcial calla para que hable el siseo de los cartones sobre la mesa. Una vez más, Raimundo atrapa baza tras baza; no deja más que la escoria de los envites sin puntos; el último, un cinco de copas contra un cuatro de espadas, es para Marcial.

—Diez de monte que no me sirven para nada. Tampoco aquella vez hicimos mucho.

—¿Sabes que fue el forestal el que os delató?

—Ya. Me lo dijeron los camaradas en La Modelo. Quisieron ir a por él, pero se lo había tragado la tierra. Todavía reviento de asco cada vez que pienso en el hijo de puta ese.

—Cálmate, que tuvo lo suyo.

—¿Y tú qué sabrás?

—Yo lo maté.

Marcial deja caer el seis de espadas que ha cogido de su mano sin llegar a mirarlo. Raimundo se lo devuelve.

—A ver, gilipollas, estate al juego. Espera a que sea arrastre.

—¿Lo mataste?

—Al juego. Veinte en copas.

Esta vez gana Marcial por poco. Ha esperado para arrastrar y le ha quitado a Raimundo los dos triunfos que guardaba. Las cartas quedan sin recoger. Hay un momento de silencio mientras una cerilla más se pasea por la colilla de puro remordida y húmeda.

—Os vendió por nada, por una carabina flamante para pasearse por la dehesa. Debías de haberlo visto. No tenía ojos más que para la correa. No te jode. A lo mejor era muy delicado para llevar la escopeta colgando de una cuerda. Pasaba los dedos por los enganches como si fueran los pezones de la Aurelia. Por esa tira de cuero entregó a amigos suyos.

—Pero... tú...

—Yo nunca he faltado a mi deber. Ni he hecho nada que me haya podido avergonzar. Pienses lo que pienses, yo me he ido siempre a mi casa con la sandía bien alta. A mí nunca me han pillado en un renuncio, ni en la mesa ni en la vida.

Dio un tiento al vino y se pasó la mano por la calva perlada de sudor.

—¿Pero cómo coño lo hiciste?

—Lo seguí cuando salió del cuartelillo con su juguete. Había acudido de noche, claro, no fuera a destaparse la vergüenza antes de tiempo. Me cuidé de que nadie me viera y me hice el encontradizo. Fue tan fácil como

ofrecerle un puro y alabarle el cargo. Al acercarle la cerilla con la mano izquierda le metí el primer navajazo en el hígado. Cinco más le di mientras lo miraba a los ojos y le dejaba bien clarito que no quería carroñeros en mi monte. Antes de que se doblara, ya me lo había echado a la espalda. El Pozo de la Mina estaba cerca.

—¿En el Pozo de la Mina?

—Para que no estuviera solo.

—¿Y duermes?

—A veces. Como tú, barajo recuerdos, Zurdo.

—Era de los tuyos, Raimundo...

Un puñetazo en la mesa desbarata el mazo y hace retremblar a Marcial en su silla.

—¡Era un puto chivato! Durante cincuenta años he llevado una hebilla en la que se lee «El honor es mi divisa». Y ni una vez he faltado a mis enseñas. Pero ningún bocazas como aquel ha sido nunca de los míos. Corta de una puta vez, que se va la luz.

Marcial, el maqui, para quien su divisa fue el monte, se lleva la mano a la sien.

—A sus órdenes, mi capitán.

## Si volvemos a vernos

Una espuerta de cal ya prevenida  
a las cinco de la tarde.  
Lo demás era muerte y solo muerte.

FEDERICO GARCÍA LORCA

EL TORERO SE ACERCA a las tablas para brindar la muerte del animal, un novillo escurrido, casi famélico, pequeño como la plazuela en que ha conseguido durante unos minutos cuajar una faena que él cree memorable; una faena que ha borrado de su mente el hambre, los disparos y las explosiones; una faena que ha logrado difuminar la imagen de su padre y su hermano, cadáveres constantemente soñados. No necesita gritar para que se le escuche claramente en toda la plaza y en la presidencia, ocupada por dos mandos del ejército, dos falangistas de alto rango y un sacerdote viejo, obeso y lampiño, cuya calva cada- vérica brilla con indecencia en la polvorienta tarde.

—Reverendo padre, mi coronel, mi capitán, camaradas: quiero brindar la muerte de este toro a todos los

caídos por Dios y por España y a nuestro invicto Caudillo, al que la providencia ha puesto al frente de nuestro glorioso Movimiento Nacional. ¡Arriba España!

La montera revolotea como un pájaro siniestro antes de caer en el barriludo regazo del cura, y una talanquera de brazos alzados ensombrece la plaza.

GASTABAN SUS ÚLTIMOS DUROS en chatos de Navalcarnero peleón, girando los vasos sobre la barra, hartos ya de dar vueltas a la peonza de sus ideas en la cabeza.

—Yo me paso, Daniel. Esto se va a la mierda y no va a haber capotazo que nos salve.

—¿Para qué? ¿Para luchar por los señoritos? ¿Para qué cuando te peguemos un tiro te den una limosna y una estampita?

—No me jodas, Daniel. A mi hermano el cura, ¿te acuerdas de él?, lo han apuntillado, y mis padres, por cuatro fanegas que tienen, han tenido que escapar a toda hostia. ¿Con quién quieres que esté? Además, quisimos ser toreros y nos quedamos en cuadrilla. Vamos a ir toda nuestra puta vida detrás del señorito. Y más vale ir detrás de los señoritos que ganan. Porque estos ganan. Hazme caso.

Daniel había tomado parte en el asalto al Cuartel de la Montaña. Había sentido la humillación de ser ame-

trallado después de que una bandera blanca (unos soldados que habían decidido rendirse al margen de las órdenes) hubiera ondeado en un lateral del edificio, y había sentido la furia que cegó a la multitud tras aquella felonía. Nada pudo detenerlos. Cuando entraron, hicieron del patio un matadero en el que se amontonaban los cadáveres; ni siquiera los encerrados en los calabozos por no querer sumarse a la sedición pudieron escapar de aquella ceguera sanguinolenta. Daniel lo encontró tirado en un pasillo, maltrecho, olvidado por los asaltantes bajo un costal de patadas y pisotones. Sintió que despertaba de un trance brutal y lujurioso. De inmediato, quitó a Fermín la chaqueta, lo incorporó y le susurró en el oído:

—Fermín, soy yo, Daniel. No digas nada, que voy a sacarte de aquí.

Se encaminó hacia la puerta del cuartel mientras gritaba constantemente:

—¡Abrid paso, compañeros! ¡Llevo a un camarada herido por los fascistas! ¡Abrid paso!

Habían transcurrido dos semanas desde aquello. Madrid adivinaba ya la sangría a la que iba a ser sometida, y en cada café y cada rellano de escalera se agazapaba un rumor dispuesto para la emboscada.

—¡Cállate, joder, que todavía nos pasean por tus gilipolleces! Litri se ha presentado en la calle Piamonte exigiendo a los socialistas armas para la Agrupación

de Toreros. Vamos a formar una columna. Esto se termina en cuatro días. Va a ser un ojeo de fascistas, y si queda alguno, será porque corra hasta Portugal más rápido que las balas. Quédate a este lado, Fermín. No me toques los huevos.

Fermín no respondió. No era, desde luego, el mejor momento para hablar. Sentía que el aviso de Daniel había sido de lo más oportuno, que de sus palabras solo podía salir un paredón. Pagaron los vinos y salieron a la calle. El sol aún embestía con furia contra el empedrado, prolongando las cien asfixias a las que estaba sometida la ciudad. Daniel hizo un gesto de despedida como si pidiera un cambio de tercio.

—Te he salvado de esta cornada, pero no esperes otro quite si volvemos a vernos.

Al quedarse solo, Fermín se palpó los bolsillos. Comprobó que llevaba dinero, la cédula y tabaco suficiente. Echó a andar y horas más tarde recorría las sombrías trochas de El Pardo.

EL SARGENTO SE ASOMA al calabozo con una expresión que oscila entre el asco y el cansancio. Los desgraciados que han sobrevivido a la batida se han tirado por el suelo, gimiendo unos de dolor, otros llorando a causa del miedo y alguno maldiciendo su mala estrella entre dientes. Uno

de los rostros despierta en él un recuerdo que se le antoja insensato y peligroso; un recuerdo que carga sobre sus espaldas, repentina y terriblemente, un peso de vergüenza del que no puede zafarse. Desea marcharse, no volver a hurgar en ese cuarto oscuro y pestilente que, al fin y al cabo, volverá a estar desierto en tres o cuatro días. Pero, en vez de darse media vuelta y salir, encaja el rostro entre los barrotes y boquea, como un pez a punto de asfixiarse, un nombre que le provoca dolor.

—Daniel, Daniel.

No hay respuesta del maqui al que se dirige, un hombre al que se adivina vacío bajo la ropa mugrienta.

—Daniel, soy yo, Fermín.

Como un muñeco de ventrilocuo, blando y deslizado, el hombre recostado contra el muro verdinoso gira la cabeza hacia la voz que lo reclama. El sargento desea haberse equivocado de hombre, que los años transcurridos y la miseria en que andan los maquis lo hayan empujado al error.

—¿Fermín? ¿Eres tú?

Daniel se pone en pie y se acerca al ventanuco. En ninguno de los dos rostros se atisba nada parecido a una expresión.

—Te daba por muerto, Daniel.

—Pues ya ves que no; aquerenciado en tablas, pero vivito y coleando hasta que... suene el clarín.



—MIRA QUE TE AVISÉ: este es un *pregonao*. Ni cruzarte ni hostias. Métele la espada y alvíalo. Pero tú tenías que lucirte: que le habías visto mucho juego, que era noble, que sabía embestir... Ya me dirás qué se te había perdido en aquella plaza de tercera con los tendidos llenos de borrachos que solo querían sangre y chirigota. Casi llegué a creer que ibas a liar la mundial cuando empezaste con la mano zurda. Qué largo iba el puñetero, y cómo repetía sin que hiciera falta citar lo. Y tú quieto, en el centro, girando sobre el talón. Pero cuando fuiste a cerrar la tanda lo vi. Fui el único. Ni siquiera tú te diste cuenta, pero aquel pitón tenía ya tu muslo enganchado antes de que el bicho se arrancara. Luego el Gaita, aquel picador gallego que nunca supimos de dónde había salido, diciéndote que no había sido más que un puntazo seco, y tú gritando: «¡Joder con el puntazo seco! ¡El corbatín! ¡Atadme el corbatín que me desangro!», y pidiendo el botijo entre blasfemias. Al día siguiente nos reíamos del jodido gallego y de la jodida plaza. Hasta del toro...

—No hay mucho para reír ahora.

Fermín saca la petaca y la pasa a través de la reja. Daniel se echa el tabaco a la mano, arranca un papel del librillo y empieza a liar el cigarro con la torpeza del frío, el hambre y los golpes recibidos. Al fondo del calabozo están el resto de la partida, heridos y exhaus-

tos. Ellos mismos han retrocedido hasta chocar con la pared para no escuchar una conversación de cuyo asunto, su próxima muerte, preferirían no saber. Fermín saca un cigarrillo del bolsillo pechero de su guerrera. La cerilla ilumina por un momento las tres barras doradas del galón. Cuando encienden, del cigarro de Daniel surge el humo bronco y acre del cuarterón. El cigarrillo de Fermín huele a Maderas de Oriente y a manos limpias.

—Más de una figura me ofreció ir de picador con ella. —Se enchiqueró un instante antes de proseguir—. No se lo acepté. Sabes que me cuesta humillar. —Y escupió sobre el albero del patio—. Además, qué coño, percibí en sus ofrecimientos más compasión que generosidad. Claro que, si lo pienso bien, podría haberme comido el orgullo, como esos toros bragados que, antes de claudicar, aguantan firmes tragándose la sangre. Esgrimí que para barrenar ahí arriba me faltaba trapío. «Podrías volver a estar en la cima», me espetó Cagancho sin sorna. «Sí, en lo alto del jamelgo».

—EN LA BRIGADA de los Toreros, el hazmerreír de los rojos. Qué poca guerra disteis en Teruel. Había menos peligro estando frente a vosotros que paseando por Burgos.

—Lo que tú digas, Fermín. Es verdad que hasta los nuestros nos silbaban pasodobles cuando pasábamos, pero te puedo asegurar que todos los tiros que di en tres años fueron hacia donde tenían que ir, y bien apuntados. Ni una vez hice un aliño. Nunca fui como Albeiro, ¿te acuerdas?, aquel portugués que banderilleaba siempre a toro pasado. Desde el culo del bicho, vamos...

Han pasado varios días, y la conversación entre ambos, cada uno a su lado de la puerta, se ha convertido en una rutina que los compañeros de celda ignoran. Unos y otros saben que en nada cambiará lo que está dispuesto.

—Qué bajo has caído.

—Y más bajo que voy a caer. Para ser exactos, al suelo.

—Mi padre no sobrevivió. Lo cazaron y le metieron dos tiros. Cuando acabó la guerra me enteré de que a mi hermano, el cura, lo habían colgado de un árbol con un cíngulo y que tenía dos lenguas en la boca.

—¿Se la llenaron de hostias?

—Su propia polla. Se la cortaron y se la embutieron en la boca para que terminara de ahogarlo.

—Y los tuyos, santos inocentes. ¿Es lo que me quieres decir?

—No me jodas. Ya sé que los nacionales nos hemos ganado el infierno a pulso. Lo que te quiero decir es

que mi madre va a morir de consunción más pronto que tarde y mi hermana está encerrada en Ciempozuelos sin remedio. Lo que te quiero decir es que no pienso pedirte perdón por lo que te ocurra. Me salvaste en La Montaña, pero eso no basta para tanto odio como os tengo a los de tu ralea. También a ti.

—Vamos, que yo mismo me condené a muerte. Podría colgarme como un galgo, pero no. Que hagan los tuyos su trabajo. Eso sí, el descabello tiene que ser cosa tuya.

Bajó el pulgar remedando el gesto romano de la condena.

—Sabes que el reglamento dice que ha de ser el oficial.

—Venga, dame tú la puntilla. Y si ves que sangro mucho —sonrió— ponme el corbatín.

LOS ANUNCIA un petardeo lejano y un ruido asmático de fatigado motor en marcha. Son dos camiones y un automóvil. En uno de los camiones viajan los reos escoltados por cuatro soldados; en el otro, el pelotón. En el automóvil, el teniente fuma sin parar e intenta amordazar con el pañuelo una tos astillada.

—Pues sí que la ha pillado buena —interviene el páter.

—Mejor estaría usted en la piltra —apostilla Fermín.

Los pocos vecinos que aún no se han recogido a esa hora esquivan el paso de los vehículos, tuercen por el primer callejón o se embozan en la sombra de los zaguanes.

EL ALIENTO del teniente huele a coñac y tabaco. Antes de salir ha bebido un largo trago a gollete y ahora fuma encendiendo cada cigarrillo con la colilla del anterior.

—Me han dicho que usted toreó en Biarritz, sargento.

—Así fue, mi teniente. En una de las corridas que organizaban para los oficiales alemanes. Estuve digno, pero los rubios no se enteraban de nada; no hacían más que gritar «olé» a destiempo. Ni una plaza de toros parecía, tan llena de banderas alemanas y uniformes entallados. Hasta el presidente era un comandante de tanques asesorado por un gendarme francés que vino de Nimes.

—¿De qué ganadería eran los toros?

—Ni idea, mi teniente. La única divisa que se distinguía allí era la esvástica.

Y la risa del teniente se ahogó en estornudos.

UNO DE LOS SOLDADOS del pelotón tiembla ostensiblemente. Sus compañeros se burlan de él.

—Ni que fuera la primera vez, joder. Solo hay que tirar del gatillo.

—Es que en la saca del martes hubo un rebote de bala y alcanzó a uno en el brazo.

—Tranquilo, que ya se fusila al aire libre, hombre. ¿No ves que la tapia del cementerio era de adobe?

HAN MUERTO bajo una lluvia feroz y helada, tras rechazar las importunas cruces del páter. En silencio, pero con el puño en alto.

Incluso en la oscuridad se adivina el color aceituado del rostro del teniente, que sigue estornudando bajo su capote, con la mano derecha agarrotada sobre la funda de la pistolera.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Dígame, Fermín.

—Ya sé que es su deber, pero la noche está perra y me da que tendrá usted incluso fiebre, que está usted a punto de enfermar, vamos. Con su permiso, puedo remarcarlos yo mientras usted se resguarda de esta puta agua-nieve en el auto.

El teniente duda un instante, pero asiente con alivio y entrega a la noche y al rostro de Fermín una vaharada nociva.

—Tiene usted razón; me encuentro febril y no me viene bien este frío. Pero el reglamento...

—No se preocupe por eso, mi teniente. Mando a los soldados de vuelta y nos quedamos aquí usted, el páter y yo. Nadie se va a enterar.

—Pues proceda, sargento. Y gracias. Lo iluminaremos con los faros.

—No es necesario, mi teniente. Con esta reluz me basta. A sus órdenes.

UNO TRAS OTRO reciben un disparo en la sien. Cuando llega al cadáver de Daniel, Fermín extrae del bolsillo la montera que ha traído consigo y se la coloca al muerto en la cabeza. Gira para comprobar que ni el teniente ni el cura lo espían y se cuadra ante el cuerpo acribillado.

—¡Que se abra el portón!

La bala llega al corazón detenido de Daniel.

Ha sido un puntazo seco.